

## LA PERVIVENCIA DE LOS AUTORES CLÁSICOS EN GRACIÁN

María Pilar CUARTERO SANCHO  
Universidad de Zaragoza

Por primera vez me acerco a tan sugestivo estudio como el de la pervivencia clásica en Gracián. Con anterioridad, lo han hecho destacados críticos, debiendo subrayarse, en particular, las aportaciones, ya clásicas, a su vez, de las ediciones de Miguel Romera Navarro, de *El Discreto*, el *Oráculo* y *El Criticón*, y, asimismo, entre las recientes, las de las ediciones de Aurora Egido, de *El Discreto*, y de Emilio Blanco, del *Oráculo* y el *Arte de ingenio. Tratado de la Agudeza*.<sup>1</sup> Junto a estos y otros meritorios trabajos, esta modesta ponencia pretende únicamente poner todavía más de manifiesto el gran conocimiento y la extremada emulación de los clásicos que encierra la obra de Baltasar Gracián.

Conviene comenzar recordando que las fuentes clásicas forman solo uno de los ríos que confluyen en el caudaloso mar de genialidad que es la obra de Gracián. Igualmente debe tenerse en cuenta que la habitual ocultación gracianesca de todo tipo de fuentes dificulta mucho la tarea de su determinación.

Gracián desarrolla todas sus obras —a excepción de *El comulgatorio*— en compañía de los clásicos. La pervivencia de los autores clásicos en Gracián es, pues, constante, aunque no siempre la perciba el lector, al que se le escapa fácilmente en los pasajes de emulación.

Pero debemos ir por partes para acabar mostrando al, en su día oyente de la ponencia, y ahora lector de estas *Actas*, ese estadio de la asunción más lograda de los clásicos, por parte de Gracián, que es el de la *æmulatio*.

---

<sup>1</sup> M. ROMERA NAVARRO, *El Discreto de Baltasar Gracián*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1959. M. ROMERA NAVARRO, *Baltasar Gracián. Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, CSIC, 1954. M. ROMERA NAVARRO, *Baltasar Gracián. El Criticón*, Filadelfia, University of Pennsylvania, 1938-40, 3 vols. A. EGIDO, *Baltasar Gracián. El Discreto*, Madrid, Alianza Editorial, 1997. E. BLANCO, *Baltasar Gracián. Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, Cátedra, 1995. E. BLANCO, *Baltasar Gracián. Arte de Ingenio. Tratado de la Agudeza*, Madrid, Cátedra, 1998.

*Autores clásicos citados o nombrados por Gracián en sus obras*

*El Héroe*: Homero, Esopo; Platón, Aristóteles, Terencio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Séneca, Persio, Marcial, Tácito, Plutarco y S. Agustín.

*El Político*: Platón, Jenofonte, Aristóteles, Valerio Máximo, Veleyo Patérculo y Tácito.

*El Discreto*: Hesíodo, Esopo, Sófocles, Eurípides, Isócrates, Platón, Aristóteles, Menandro, Plauto, Catón, Cicerón, César, Salustio, Virgilio, Horacio, Valerio Máximo, Quinto Curcio, Séneca, Marcial, Tácito, Plutarco, Epicteto y Apuleyo.

*Oráculo manual*: Platón, Aristóteles, Séneca, Marcial y Epicteto.

*Arte de ingenio. Tratado de la agudeza y Agudeza y Arte de ingenio*: Homero, Esopo, Heródoto, Tucídides, Platón, Terencio, Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Valerio Máximo, Veleyo Patérculo, Séneca, Plinio el Viejo, Marcial, Frontino, Plinio el Joven, Tácito, Juvenal, Plutarco, Floro, Luciano, Apuleyo, Orígenes, Heliodoro, Ausonio, san Ambrosio y san Agustín.

*El Criticón*: Homero, Esopo, Jenofonte, Platón, Aristóteles, Euclides, Terencio, César, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tito Livio, Quinto Curcio, Plinio el Viejo, Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Plinio el Joven, Tácito, Plutarco, Luciano, Epicteto, Apuleyo, Tertuliano, Galeno, Heliodoro y san Agustín.

*El Comulgatorio*: san Juan Crisóstomo y san Agustín.

Como se ve, Gracián cita o nombra (cuando los nombra suele ser en alusión a características representativas de su obra) a los clásicos en todas sus libros, aunque estén casi ausentes en *El comulgatorio* por el tipo de obra.

*Conocimiento de los autores clásicos por parte de Gracián*

a. Directo. Huelga decir que Gracián leyó a los autores latinos en latín; a los griegos lo hizo en traducciones, ya latinas, ya castellanas.

b. Indirecto, es decir, a través de colecciones que los recogían, sobre todo, colecciones latinas de *adagia*, *apophthegmata*, *sententiæ*, y *polyanthæ*. A ellas se refiere él mismo en *El Discreto*, [xxv]: «Gustó más de la Moral, pasto de muy hombres, para dar vida a la prudencia; y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apoftegmata, emblemas, sátiras y apólogos». <sup>2</sup>

Colecciones de *adagia*. De las colecciones de *adagia* el propio Gracián cita los *Adagia* de Erasmo: «A un mismo blanco de la filosófica verdad asestaron todos los sabios, aunque por diferentes rumbos de la invención y agudeza. Homero con sus epopeyas, Esopo con sus fábulas [...] Erasmo con sus refranes [...]»

<sup>2</sup> Ed. A. EGIDO, cit.

(*Agudeza*, LV);<sup>3</sup> «Lograron muchas y fragantes flores, delicias de la agudeza, que aquí asistía tan aliñada cuan hermosa, leyéndolas en latín Erasmo, el Evorense y otros [...]» (*El Criticón*, II, IV);<sup>4</sup> y en una carta a Francisco de la Torre Sevil, el 16-IX-1655, le dice, a propósito de lo que habría sido, sin duda, una consulta: «El lugar de Sexto Aurelio he mirado. No hay hombre que lo declare, ni he hallado en Erasmo y Manucio tal adagio». <sup>5</sup> A tenor de esta carta, es posible que los *Adagia* de Erasmo los manejara más bien en la versión expurgada de Paolo Manucio, de la que había un ejemplar en la biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca.<sup>6</sup>

Colecciones de *apophthegmata*. En la biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca había ejemplar de las tres colecciones de *apophthegmata* más difundidas en los siglos XVI y XVII: las de L. Domicio Brusoni, *Facetiarum exemplorumque libri VII*, Roma, 1518; Erasmo, *Apophthegmatum... libri VIII*, Basilea, 1531-2; y Conrado Lycosthenes, *Apophthegmata*, Basilea, 1555.<sup>7</sup> Como veremos más adelante, alguna de las colecciones, la de Erasmo en particular, se trasluce en textos de Gracián.

Colecciones de *sententiæ*. Hemos visto que Gracián cita en *El Criticón*, II, IV, la colección de Andrea Eborense, *Sententiæ et exempla ex probatissimis quibusque scriptoribus collecta et per locos communes digesta*, Lyon, 1557. De otra importante colección de *sententiæ* del XVI, la de Pedro Lagnerio, *Marci Tullii Ciceronis Sententiæ illustriores ...*, París, 1546, había un ejemplar en la biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca.<sup>8</sup>

*Polyantheæ*. La *Polyanthea Noua* de Domenico Nani Mirabelli-Joseph-Lang, tan constantemente reeditada durante el siglo XVII, desde la edición conjunta de Lyon, Lazarus Zetner, 1604, formaba parte de la biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca.<sup>9</sup>

<sup>3</sup> Ed. E. CORREA CALDERÓN, *Baltasar Gracián. Agudeza y Arte de ingenio*, Madrid, Castalia, 1988, 2º ed., 2 vols.

<sup>4</sup> Ed. M. ROMERA NAVARRO, *cit.* Modernismo en todos los textos que cito la ortografía de la edición.

<sup>5</sup> *Baltasar Gracián. Obras Completas*, ed. A. DEL HOYO, Madrid, Aguilar, 1967, 3º ed., p. 1163.

<sup>6</sup> Véase el inventario reproducido por J. E. LAPLANA GIL, «Noticias y documentos relativos a la Biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús de Huesca», *Voz y Letra. Revista de Literatura*, IX, 1 (1998), pp. 123-140, p. 136, donde se lee: «Pauli Manucii Adagia». Siempre que cito este inventario es porque entiendo que las obras a las que me refieren estarían, con seguridad, en el fondo existente en época de Gracián. Sobre las colecciones de Erasmo y Manucio, véase A. SERRANO CUETO, «Los Adagia de Erasmo en el *Index expurgatorius* de Amberes (1571): el alcance de la censura dirigida por Arias Montano», *Calamus renascens*, I (2000), pp. 363-383; sobre las colecciones de *adagia*, M. P. CUARTERO SANCHO, «Las colecciones de *adagia* en la literatura latina del Renacimiento», *Actas del III Congreso Internacional de humanismo y pervivencia del mundo clásico. Alcañiz, 2000* —en prensa—.

<sup>7</sup> Inventario reproducido por LAPLANA GIL, art. cit., pp. 136, 140 y 138, respectivamente. Sobre estas colecciones, véase M. P. CUARTERO SANCHO, «Las colecciones de relatos breves en la literatura latina del Renacimiento», *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico*, I, 1, Cádiz, Instituto de Estudios Turolenses-Universidad de Cádiz, 1993, pp. 61-91.

<sup>8</sup> Inventario reproducido por J. E. LAPLANA GIL, art. cit., p. 138. Sobre estas colecciones, véase M. P. CUARTERO SANCHO, «Las colecciones de *sententiæ* en la literatura latina del Renacimiento», *Actas del III Congreso Internacional de humanismo y pervivencia del mundo clásico. Alcañiz, 2000* —en prensa—.

<sup>9</sup> Inventario reproducido por J. E. LAPLANA GIL, art. cit., p. 136, donde se lee la indicación «*Polyanthea noviss.*», en dos tomos, que, sin duda, corresponde a ella. Sobre esta *Polyanthea*, véase V. INFANTES, «De officinas y *polyantheas*. Los diccionarios secretos del Siglo de Oro», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, pp. 243-258, y S. LÓPEZ POZA, «Polyanteas y otros repertorios de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro», *La Perinola*, 4 (2000), pp. 191-214.

No cabe duda, pues, de que Gracián tuvo en sus manos varias de estas colecciones. Pero poco importa que un texto clásico haya llegado a él directamente del autor clásico correspondiente o de una colección en la que aparecía recogido: Gracián sabe siempre que está siguiendo una fuente clásica.

*Forma probable de trabajo por parte de Gracián: formación de un codex exceptorius-excerptorius*

La forma de trabajo que utilizó Gracián (al igual que otros muchos escritores del Siglo de Oro, herederos de los humanistas), para la recepción de los clásicos, fue, con toda probabilidad, la de la paulatina confección de un *codex exceptorius* de lecturas de ellos, ya directas, ya a través de esas colecciones que los albergaban.<sup>10</sup> Luego, el *codex exceptorius* pasaría a ser *codex excerptorius* del que Gracián iría sacando los textos allí anotados. Podría avalar la hipótesis de ese *codex* el ejemplo siguiente:

«Los [apodos] satíricos son plausibles. A un rico llamó Sócrates, *Aureum mancipium*, y Alciato, borrego con un vellón de oro» (*Agudeza y Arte de ingenio*, XLVIII).

El primero de los apodos, del que no se da fuente en las ediciones de la *Agudeza*, procede de Estobeo, *Florilegio*, 4, 85. Gracián podía conocerlo por la traducción latina de Conrado Gesner: *Socrates adolescentulum intuitus diuitem ac imperitum*, «*Videte*», *dixit*, «*mancipium aureum*» (*Epitome*, p. 58;<sup>11</sup> ed. bilingüe griego-latín, p. 101b).<sup>12</sup> Pero, más probablemente, por alguna de las colecciones apotegmáticas: Erasmo, *Apophthegmata*, VIII, 56, p. 629;<sup>13</sup> Lyconthenes, *Apophthegmata*, pp. 196b y 339a;<sup>14</sup> Nani Mirabelli-Lang, *Polyanthea*, p. 401b.<sup>15</sup> En estas colecciones la disposición de los términos del apodo es, como en él, *aureum mancipium*.

El segundo es el que interesa propiamente. Gracián da como fuente a Alciato, y al emblema *Diuiues indoctus* de Alciato es al que remiten los editores de la *Agudeza*, sin duda, llevados por la frecuente utilización de los *Emblemata* de Alciato por parte de Gracián, en dicha obra. Pero, en realidad, Gracián está reproduciendo un apodo de Diógenes el Cínico en Diógenes Laercio, VI, 47,1.

El emblema de Alciato,<sup>16</sup> como puede verse, representa a Frixo conducido por el carnero de vellón dorado; y los versos explican que este lo lleva por el mar, y que

<sup>10</sup> La formación de un «cartapacio escolar» por parte de Gracián, la adelantaba A. EGIDO, introducción a la ed. de *El Discreto*, cit., pp. 40-43.

<sup>11</sup> *Epitome Iohannis Stobæi sententiarum siue locorum communium*, Basilea, Nicolaus Bryling, 1557.

<sup>12</sup> *Loci communes sacri et prophani sententiarum omnis generis ex authoribus græcis plus quam trecentis congestarum per Ioannem Stabæum et ueteres in Gracia monachos Antonium et Maximum*, Frankfurt, ex officina typographica Andreæ Wecheli, 1581.

<sup>13</sup> Ed. Lyon, Seb. Gryphius, 1548.

<sup>14</sup> Ed. Lyon, Iacobus Stoer, 1594.

<sup>15</sup> Ed. *Nouissima Polyanthea in libros xx dispertita*, Frankfurt, Hæredes Lazari Zetneri, 1617.

<sup>16</sup> Cito los *Emblemata* de Alciato, Augsburgo, 1531, por la ed. de S. SEBASTIÁN, con prólogo de A. EGIDO, Madrid, Akal, 1985, pero normalizo la disposición de los dísticos.

se asemeja a él el hombre sin personalidad, pero rico por el dinero, al que guía el capricho de su mujer o de un esclavo:

Emblema CLXXXIX



DIVES INDOCTUS

*Tranat aquas residens pretioso in uellere Phryxus  
Et flauam impavidus per mare scandit ouem.  
Ecquid id est? Vir sensu hebeti, sed diuite gaza  
Coniugis, aut serui quem regit arbitrium.*

El texto de Diógenes Laercio, en la traducción de Ambrosio Traversario Camaldulense, p. 238,<sup>17</sup> decía así: *Diuitem indoctum ouem aureo uellere dicebat*. Y con los mismos términos reproducía el apotegma Erasmo, *Apophthegmata*, III, *Diogenes*, 87, p. 219.

Gracián pudo anotarse el apotegma de Diógenes el Cínico en su *codex* en esa versión latina, tomada de un autor u otro, sin apuntarse que el *dicator* era el filósofo cínico; puso también en el *codex* el lema del emblema de Alciato, sin reproducir figura y versos, y la identidad de las palabras *Diues indoctus*, *Diuitem indoctum* ..., le produjo la confusión. No debe desestimarse la posibilidad de una cita de memoria, pero la precisión del *aureum mancipium* anterior creo que hace pensar más bien en un texto escrito.

<sup>17</sup> Ed. Lyon, 1559.

Pedro Mejía, *Silva de varia lección*, Sevilla, 1540, I, xxvii, en el capítulo que dedicaba a Diógenes el Cínico, incluía también el aludido apotegma: «El rico que sabía poco comparaba a la oveja con vellocino dorado».<sup>18</sup> A Alfonso V se lo aplicó Antonio Beccadelli (el Panormitano), *De dictis et factis Alphonsi Regis Aragonum libri IV*, Pisa, 1485, III, 4: *Diuites sine culto litterarum aureum uellus appellare solitus fuit*.<sup>19</sup>

Como *æmulatio*, volvió a insertarlo por tres veces Gracián en *El Criticón*: «[...] siempre conduce la ignorancia borregos con vellocino de oro» (II, IV.; aquí Romera Navarro citaba la atribución a Alfonso V, por parte de Beccadelli, en la traducción castellana de Juan de Molina, 1527); «Aunque veais algunos con vellocino de oro, advertid que son borregos [...]» (III, IV); «Toparéis brutos en doradas salas y bestias que volvieron de Roma borregos felpados de oro [...]» (III, IV).

### *Formas de pervivencia de las fuentes clásicas en Gracián*

- a. Cita de la fuente.
- b. Sin cita de la fuente, pero con mantenimiento de alguna indicación situacional de la Antigüedad, en particular del protagonista de un *dictum* o un *factum*.
- c. Ocultación completa de la fuente = *æmulationes*.

Las formas *b* y *c* son las que me interesan, dado que son las más desatendidas en ediciones y estudios. Las ejemplificaré con algunos pasajes de los que no se indica la fuente clásica en las ediciones. Con todo, dada la imposibilidad de controlar toda la bibliografía gracianesca, si algún estudioso ha apuntado con anterioridad cualquiera de las fuentes que voy a señalar y comentar a continuación, me considero deudora suya.

b. No se indica la fuente, pero se mantiene el protagonista de la Antigüedad del *dictum* o *factum* correspondiente:

«[...] No hay cosa más dificultosa —decía Diocleciano— que imperar bien». (*El Político*, p. 173).<sup>20</sup>

El *dictum* procede de la *Historia Augusta*, Flavio Vopisco, *Aurelianus*, XLIII, 2: *sed ego a patre meo audiui Diocletianum principem iam priuatum dixisse nihil esse difficilius quam bene imperare [...]*.<sup>21</sup> Lo reproducen las colecciones humanísticas de apotegmas: Brusoni, *Facetiarum exemplorumque libri* I, III, *De imperio et imperatore*, f. 91r<sup>o</sup>;<sup>22</sup> Erasmo, *Apophthegmata*, VI, *Diocletianus*, p. 460; y Conrado Lycosthenes, *Apophthegmata*, p.

<sup>18</sup> Ed. A. CASTRO, Madrid, Cátedra, 1989-90, 2 vols.

<sup>19</sup> Ed. Basilea, ex officina Heruagiana, 1538.

<sup>20</sup> Ed. A. DEL HOYO, *Baltasar Gracián. El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y Arte de Prudencia*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

<sup>21</sup> Ed. D. MAGIE, Londres, Heinemann, 3 vols.

<sup>22</sup> Ed. Roma, Iacobus Mazochius, 1518.

336b. También la *Polyanthea* de Nani Mirabelli-Lang, pp. 628b y 1211b. Gracián puede conocerlo por cualquiera de estas obras, pero su versión es casi traducción de la esquemática de Brusoni: *Diocletianus dicebat nihil difficilium quam bene imperare*.

\* \* \*

«Duplicó la contraposición ingeniosamente el tan discreto como magnánimo Augusto en este eterno apotegma: "Oíd, mozos —dijo— oíd a un viejo que, cuando era mozo, los viejos le escuchaban"» (*Arte de ingenio*, v;<sup>23</sup> *Agudeza*, v).

La fuente es Plutarco, *Apotegmas*, Romanos, César Augusto, 12, y lo incluía Erasmo, *Apophthegmata*, iv, *Augustus*, 10, p. 278. La traducción de los *Apotegmas* de Plutarco de Diego Gracián, Alcalá, 1533, E 7 v<sup>o</sup>, dice así: «Queriendo aseogar los mancebos que tenían dignidad y hacían bollicio, como ellos no le quisiesen escuchar, sino todavía hacer ruido, dijo: "Oíd, mancebos, al viejo a quien, siendo mancebo, oían los viejos"».

Plutarco es presentado por Gracián como filósofo moral en *Agudeza*, XIII y *El Criticón*, I, «A quien leyere»; y citado en varias obras por las *Vidas* y también por alguna de las obras *Morales*, si bien nunca por los *Apotegmas*. Sin embargo, de los *Apotegmas* de Plutarco, en esta traducción de Diego Gracián, había dos ejemplares en la biblioteca de Lastanosa;<sup>24</sup> y, en varias ocasiones, se trasluce en textos gracianos dicha traducción, como vamos a ver, en este mismo apotegma, en *El Criticón*, III, II, donde aparece sin protagonista, como *æmulatio*: «las severas leyes que mandó promulgar Vejecia por todo el ancianismo [...]. Excútese de su seca condición en achaque de su seco temperamento, templando con su austeridad el demasiado bullicio y la necia risa de la gente joven [...]. Haránse estimar y escuchar, diciendo: "Oíd, mozos, a un viejo que, cuando era mozo, los viejos le escuchaban" [...]».

En «templando con su austeridad el demasiado bullicio [...] de la gente joven [...]. Haránse estimar y escuchar» están claramente presentes la situación argumental de Augusto imponiéndose a los jóvenes, y el texto de Diego Gracián: «Queriendo aseogar los mancebos que [...] hacían bollicio, como ellos no le quisiesen escuchar».

\* \* \*

«Y Cicerón, al mandar César (Julio) volver a levantar las estatuas derribadas de Pompeyo, dijo que no lo hacía por reponer (sino por establecer) las suyas: *Cæsar dum Pompei statuas reponit, suas stabilis*» (*Arte de ingenio*, XIX; *Agudeza*, XXVI).

Las fuentes clásicas son varias obras de Plutarco: *Vida de Julio César*, 57; *Vida de Cicerón*, 40; *Cómo sacar provecho de los enemigos*, 9; y *Apotegmas*, Romanos, Cicerón,

<sup>23</sup> Ed. E. BLANCO, cit.

<sup>24</sup> K. L. SELIG, *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa Patron of Gracián*, Ginebra, Librairie E. Droz, 1960, n<sup>o</sup>s. 62 y 207.

20 (en Suetonio, *Diuus Iulius*, 75, 4, se cuenta el hecho, pero sin la frase de Cicerón). La fuente directa de Gracián es, sin duda, la traducción de los *Apotegmas* de Diego Gracián, E 5v: «Después que César venció a Pompeyo, como César mandase restaurar con mucha honra sus estatuas, que ya estaban derrocadas, hablando Cicerón de él, dijo que levantando César las estatuas de Pompeyo había establecido las suyas». Y, a pesar de poner «Julio», en vez de «César», Gracián denota una mayor fidelidad a la fuente en la redacción de la *Agudeza* que en la del *Arte de ingenio*,<sup>25</sup> si nos fijamos en «sino por establecer las suyas», calco de «había establecido las suyas». Después repite la frase de Cicerón en latín (y la frase se lee textualmente en Erasmo, *Apophthegmata*, IV, *M. Tullius*, 20, p. 315), para ofrecerla en castellano y latín, como las citas de Séneca, Marcial y Floro entre las que aparece.

\* \* \*

«Extremada fue la de Augusto [la Agudeza en la censura], cuando, refiriéndole que Alejandro a los treinta y dos años de su edad, habiendo conquistado el mundo, dijo: "¿En qué pasaremos lo que nos queda de vida?", se admiró de que no entendiese Alejandro que era mayor obra gobernar bien un Imperio que conquistarlo» (*Arte de ingenio*, XXI).

La fuente es Plutarco, *Apotegmas*, Romanos, César Augusto, 8. Aunque recogen el apotegma Erasmo, *Apophthegmata*, IV, *Augustus*, 6, p. 277, y Nani Mirabelli, *Polyanthea*, p. 1209a, el texto de Gracián deriva directamente del de la traducción de su homónimo: «Oyendo que Alejandro, siendo de la edad de treinta y dos años y habiendo ya subjuzgado la mayor parte del mundo, dudaba qué haría el tiempo que le quedaba de la vida, se maravilló, porque Alejandro no tenía por mayor trabajo gobernar el Imperio ya ganado que haberle adquirido tan grande». (Traducción de Diego Gracián, E 7v).

\* \* \*

«En las respuestas prontas y prudentes de una cuestión es esmalte la Agudeza al oro de una sentencia. Preguntándole uno a Sócrates si se casaría, respondió: "De cualquier cosa que escogieres de las dos, te pesará después"» (*Arte de ingenio*, XXII).

Las fuentes clásicas son dos, siempre con Sócrates de protagonista: Valerio Máximo, VII, II, ext. 1: *Idem ab adulescentulo quodam consultus utrum uxorem duceret an se omni matrimonio abstineret, respondit, utrum eorum fecisset, acturum pænitentiam [...]*;<sup>26</sup> y Diógenes Laercio, II, 33: *Interrogatus utrum melius esset uxorem ducere necne, «Vtrumuis horum», inquit, «egeris, pænitentia duceris»*. (Traducción de Ambrosio Traversario Camaldulense p. 76).

<sup>25</sup> Sobre las modificaciones entre el *Arte de ingenio* y la *Agudeza*, véase A. PÉREZ LASHERAS, «*Arte y Agudeza: "poética de la escritura", retórica del gusto*», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 2001, pp. 91-105.

<sup>26</sup> Ed. C. KEMPF, Leipzig, Teubner, 1888.



El apotegma figura en las colecciones apotegmáticas humanísticas: Brusoni, *Facietiarum exemplorumque libri*, VII, *De uxoribus*, f. 110v; Erasmo, *Apophthegmata*, III, *Socrates*, 40, p. 171; y Lycosthenes, *Apophthegmata*, pp. 792a y 1525a. Los tres autores siguen la versión de Valerio Máximo, como, asimismo, probablemente, Gracián, que nombra y cita a Valerio Máximo en varias de sus obras, y, sobre todo, lo elogia en *Agudeza*, LXI. Sin embargo, en la imprecisión del «Preguntándole uno a Sócrates», parece estar presente, también, la redacción de Diógenes Laercio.

\* \* \*

«Seguir el hilo del empeño y hallarle la solución en sí mismo es ahorro del Ingenio y gran efecto de la Agudeza. Zahiriéndole a Cicerón que había condenado más reos con su testimonio que librado con su patrocinio, concedió ser así, porque era mayor su fe y autoridad que su elocuencia» (*Arte de ingenio*, XXVIII).

La fuente clásica es Plutarco, *Apotegmas*, Romanos, Cicerón, 5, que en la traducción de Diego Gracián, E 4v, dice así: «A Metelo Nepote, que le dijo: “Más has muerto con tu dicho siendo llamado por testigo, que libraste con tu ayuda siendo abogado”, respondió: “Luego más crédito tengo que elocuencia”».

Figura, lógicamente, el *dictum* en las colecciones apotegmáticas humanísticas: Brusoni, *Facietiarum exemplorumque libri*, II, *De fide et perfidia*, f. 57v; Erasmo, *Apophthegmata*, IV, *M. Tullius*, 5, p. 313; y Lycosthenes, *Apophthegmata*, pp. 254a y 493b. Aunque, en principio la fuente podría ser cualquiera de estas colecciones, ya que en las tres aparecen los términos *testimonio* y *patrocinio*, como en el texto de Gracián, la directa parece ser Erasmo, por el epílogo: *Metello Nepoti obiicienti quod Cicerone testimonio suo plures occidisset quam patrocinio seruasset*: «Plus enim», inquit, «mihi fidei est quam eloquentiæ». *Mira solertia conuicium retorsum in laudem. Siquidem in teste spectatur fides, in patrono ualet eloquentia*. En efecto, «Seguir el hilo del empeño y hallarle la solución en sí mismo es ahorro del ingenio y gran efecto de la Agudeza», parece clara trasposición de *Mira solertia conuicium retorsum in laudem*.

\* \* \*

### c. Ocultación completa de la fuente = *æmulaciones*

La idea gracianesca de la *æmulatio* es la humanística: *æmulatio* es la *imitatio* que, mediante la *uariatio*, consigue la superación del modelo.

Gracián había dejado ya clara la diferencia entre imitación y emulación en lo referente a la conducta, en *El Héroe* y el *Oráculo*: «Propóngase en cada predicamento los primeros, no tanto a la imitación cuanto a la emulación; no para seguirles, sí para adelantárseles» (*El Héroe*, XVIII);<sup>27</sup> «Elegir *Idea Heroica*. Más para la emulación que para la imitación» (*Oráculo*, 75).<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Ed. A. DEL HOYO, *Baltasar Gracián. El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y Arte de Prudencia*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

<sup>28</sup> Ed. E. BLANCO, cit. En algunos de los pasajes que cito modernizo la ortografía de la edición.

Para la *æmulatio* literaria dará la pauta a seguir, con el fin de conseguirla, en *Agudeza*, LXIII: «Suele faltarle de eminencia a la imitación lo que alcanza de facilidad; no ha de pasar los límites del seguir, que sería latrocinio [...]. La destreza está en transfigurar los pensamientos, en trasponer los asuntos [...]».

Y como él consigue «transfigurar los pensamientos» y «trasponer los asuntos», no es fácil descubrir las *æmulationes* clásicas en su obra, si no se conoce la fuente correspondiente, ya que se encuadran, lógicamente, en contexto propio, actuando como una silenciada *recreatio*, llena siempre de originalidad. Lo vamos a ver con algunos pasajes de las distintas obras:

«[...] el tercero, digo, de los Enricos franceses. Fatal nombre para príncipes en toda monarquía, que en tan altos sujetos hasta los nombres descifran oráculos». (*El Héroe*, XII).

No creo que sea un despropósito considerar este pasaje de *El Héroe* una *æmulatio* gracianesca del «*nomen / omen*» del *Persa* plautino, 623-625:

DO. Quid nomen tibist?  
 TO. *Nunc metuo ne peccet.*  
 VI. Lucridi nomen in patria fuit.  
 TO. *Nomen atque omen quantiuis iam est preti. Quin tu hanc emis?*<sup>29</sup>

Gracián conocía bien a Plauto, al que cita en *El Discreto*, [XXIV]; y de Plauto figuran unos «*Opera cum comment.*» en la biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca.<sup>30</sup>

\* \* \*

«Fue Rómulo un prodigio de la capacidad y del valor, para fundar la monarquía romana [...] Las principales de estas heroicas prendas son antes favores del celestial destino que méritos del propio desvelo» (*El Político*, p. 165).

*ut Pyrrhi bello Curium Fabricium Coruncanium, primo Punico Calatinum Duellium Metellum Lutatium [...] multosque præterea et nostra ciuitas et Græcia tulit singulares uiros, quorum neminem nisi iuuante deo talem fuisse credendum est [...] nemo igitur uir magnus sine aliquo adflatu diuino umquam fuit* (Cicerón, *De natura deorum*, II, 66, 165-7).<sup>31</sup>

Gracián conocía bien a Cicerón, al que cita en *El Discreto* y la *Agudeza* (en particular, en el discurso LXI). El *De natura deorum* es el tratado que se trasluce en este pasaje de *El Político*, y, muy probablemente, formaría parte de las obras de Cicerón

<sup>29</sup> *Comædiæ*, ed. W. M. LINDSAY, Oxford, OUP, 1904-1905, 2 vols.

<sup>30</sup> Inventario reproducido por J. E. LAPLANA GIL, art. cit., p. 137.

<sup>31</sup> Ed. H. RACKHAM, Londres, Heinemann, 1979.

que, como *ad Philosophiam spectant*, figuraban en la biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca.<sup>32</sup>

Para seguir el procedimiento de Cicerón, Gracián comienza por hablar de un personaje illustre, pero distinto de los enumerados por Cicerón, y desarrolla luego las «heroicas prendas» como «favores del celestial destino», en identidad de pensamiento al *singulares uiros, quorum neminem nisi iuuante deo talem fuisse credendum est* y el *nemo igitur uir magnus sine aliquo adflatu diuino umquam fui ciceronianos*.

\* \* \*

«No todo sale de sus manos con igual felicidad, y tal vez la que comenzó a ser una hazañosa vasija, desliziéndose la rueda —ya sea la de la suerte—, viene a rematar en un vilísimo vaso de su ignominia y descrédito [...]» (*El Discreto*, [XI]).

*Inceptis grauibus plerumque et magna professis*

[...]

*Amphora cœpit*

*institui; currente rota cur urceus exit?* (Horacio, *Ars poetica*, 14 y 21-22).<sup>33</sup>

Es pasaje que viene a sumarse a otros muchos en los que Gracián demuestra tener completamente asimilada el *Ars poetica* horaciana. En este caso la fuente clásica se mezcla con una bíblica,<sup>34</sup> san Pablo, *Ad Romanos*, 9, 21: *aliud quidem uas in honorem, aliud uero in contumeliam?*<sup>35</sup> Pero la creatividad gracianesca no se contenta con el entrelazado de fuentes: sintetiza el verso 14 en el adjetivo «hazañosa», e incorpora, en la *currente rota* del alfarero, el paralelo con la rueda de la fortuna.

Al *Ars poetica* aludía ya Gracián en *El Héroe*, IX, y la citará expresamente en la *Agudeza* y *El Criticón*. Pero otros preceptos de ella quedaban sembrados, en *El Discreto* y el *Oráculo*, conjuntamente:

La conveniencia de mezclar *utile dulci*:

*Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,*

*lectorem delectando pariterque monendo;* (*Ars poetica*, 343-344).

<sup>32</sup> Inventario reproducido por J. E. LAMANA GIL, art. cit., p. 136.

<sup>33</sup> Ed. F. VILLENEUVE, París, Les Belles Lettres, 1934.

<sup>34</sup> Señalada por M. BATLLORI y C. PERALTA, *Obras completas*, I. *El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual*, Madrid (BAE, 229), 1969.

<sup>35</sup> Agradezco a Gonzalo Fontana la indicación, al término de la ponencia, de que la fuente bíblica se halla también en Prudencio, *Epilogus*, 13-22. Sobre la presencia en el citado *Epilogus* de los *Carmina* horacianos y de las epístolas de S. Pablo, véase A. ENCUESTRA, «*Christianorum Flaccus*: Estructura y significado del Prólogo y del Epílogo de Prudencio», *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos* —en prensa—. Probablemente, Gracián conocía el *Epilogus* de Prudencio, pero la cita clásica la toma directamente del *Ars poetica* horaciana, cuyo texto no se trasluce en el *carmen* de Prudencio.

«Hay algunos empleos que su principal ejercicio consiste en el elegir; y en estos, es mayor la dependencia de su dirección, como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando» (*El Discreto* [x]).<sup>36</sup>

«Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación, enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto del conversar» (*Oráculo*, 11).

El reposo que requiere la obra que se pretende duradera:

«Antes bien, lo que luego se hizo, luego se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad; y lo que ha de durar una eternidad, ha de tardar otra en hacerse» (*El Discreto*, [xv]).

«Lo que luego se hace, luego se deshace; mas lo que ha de durar una eternidad, ha de tardar otra en hacerse. No se atiende sino a la perfección y solo el acierto permanece [...]» (*Oráculo*, 57).

*Si quid tamen olim  
scripseris, in Mæci descendat iudicis auris  
et patris et nostras, nonumque prematur in annum  
membranis intus positis; delere licebit  
quod non edideris; nescit uox missa reuerti* (Horacio, *Ars poetica*, 386-390).

\* \* \*

«La estimación se consigue menos cuanto se busca más; depende del respeto ajeno; y así no se la puede tomar uno, sino merecerla de los otros y aguardarla[...]» (*Oráculo*, 106).

«Hallaron otro y otros muchos que estaban echando los bofes y la misma hiel por la boca.

—Peor es esto —dijo Andrenio

—Pues, si en algunos se ha de hallar la honra —dijo Momo—, ha de ser en estos.

—¿Y por qué?

—Porque revientan de honrados.

—Cara les cuesta la negra de la honrilla.

—Y lo peor es que cuanto más la piensan conseguir, entonces la alcanzan menos, perdiendo tal vez la vida y cuanto hay» (*El Criticón*, II, xi).

Debo comenzar por advertir que éstos dos pasajes<sup>37</sup> van directamente unidos con los otros dos, asimismo del *Oráculo* y *El Criticón*, que veremos a continuación.

<sup>36</sup> Dependencia advertida por A. EGIDO en ed. cit.

<sup>37</sup> Sobre el Momo lucianesco, su devenir en el Humanismo y en la literatura española, y su peculiar papel en la obra de Gracián, véase el amplio y documentado estudio de A. EGIDO, «La historia de Momo y la ventana en el pecho», cap. III de *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid, Castalia, 2000, pp. 49-90.

Estamos, evidentemente, ante un tópico, del que pueden presentarse varias fuentes clásicas: Cicerón, *Ad familiares*, xv, 4, 13; Salustio, *De coniuratione Catilinæ*, 54, 6, y *Bellum Iugurthinum*, 41, 7, 10; Tito Livio, xxii, 39, 19; Séneca, *De beneficiis*, iv, 32, 4, y v, 1, 4; Plinio el Joven, *Epistulæ*, i, 8, 14; Tácito, *Agricola*, 9, 4; y Plutarco, *Vida de Catón de Útica*, 9, 5.<sup>38</sup> Esas fuentes se resumen en «lo que hay que buscar es la virtud, y la gloria vendrá tras ella» y «el desprecio de la gloria es el que la proporciona»; y a ellas, en general, habría que remitir la afirmación «depende del respeto ajeno; y así no se la puede tomar uno, sino merecerla de los otros y aguardarla», del *Oráculo*; y también la de *El Discreto*, [xx]: «por donde buscan los más la estimación topan con el desprecio».

Pero, si nos fijamos bien, el texto de Gracián, en ambas obras, se caracteriza, sobre todo, por disponer el logro de la «estimación» u «honra» en forma de comparativa de proporción, algo que sólo se da en Salustio, *De coniuratione Catilinæ*, 54, 6: *At Catoni studium modestiæ, decoris, sed maxume seueritatis erat. Non diuitiis cum diuite neque factione cum factioso, sed cum strenuo uirtute, cum modesto pudore, cum innocente abstinentia certabat, esse quam uideri bonus malebat; ita quo minus petebat gloriam, eo magis illum sequebatur.*<sup>39</sup>

Así, las formulaciones «se consigue menos cuanto se busca más» y «cuanto más la piensan conseguir entonces la alcanzan menos», que, enfrentadas, adquieren forma de quiasmo, parecen derivar directamente del *ita quo minus petebat gloriam, eo magis illum sequebatur*, de Catón de Útica, siempre a través de la *uariatio* gracianesca, que presenta la proporción, por la búsqueda, y no por el desprecio.

Gracián habría apuntado en su *codex*, muy probablemente, el lugar de Salustio (de hecho, cita el *De coniuratione Catilinæ*, en *El Discreto*, [xxiv]), pero ha podido tomarlo, igualmente, de san Agustín —del que era tan concedor-admirador—, que reproducía el pasaje en *De ciuitate Dei*, v, 12, 13.

\* \* \*

«Saber jugar del desprecio. Es treta para alcanzar las cosas despreciarlas. No se hallan comúnmente cuando se buscan, y, después, al descuido, se vienen a la mano. Como todas las de acá son sombras de las eternas, participan de la sombra aquella propiedad: huyen de quien las sigue y persiguen a quien las huye [...]» (*Oráculo*, 205).

«Es la honra sombra de la virtud, que la sigue y no se consigue, huye del que la busca y busca a quien la huye; es efeto del bien obrar, pero no afecto; decorosa, al fin, diadema de la hermosísima virtud» (*El Criticón*, II, xi).

<sup>38</sup> Pueden verse recogidas, junto a otros lugares con algún paralelo, en C. Sallustius Crispus. *De Catilinæ Coniuratione Kommentiert von K. VRETSKA*. 2. Halbband, Heidelberg, Carl Winter-Universitätsverlag, 1976, pp. 636-637, y C. Sallustius Crispus. *Bellum Catilinæ. A Commentary by P. McGushin*, Leiden, J. Brill, 1977, p. 274. Debo esta información a la amabilidad de Ángel Escobar, que me la facilitó tras escuchar la ponencia.

<sup>39</sup> Ed. J. M. PABÓN, Barcelona, Alma Mater, 1954.

La unión de estos pasajes con los precedentes la vertebra el tópico que comparten, y que aquí se sustantiva en la identificación de «la gloria como sombra de la virtud», diáfana en *El Criticón* (con «honra» por «gloria», como en el pasaje precedente), y entreverada en el *Oráculo* por la generalización. Las fuentes clásicas son tres:

*Etsi enim nihil habet in se gloria cur expetatur, tamen uirtutem tamquam umbra sequitur* (Cicerón, *Tusculanæ disputationes*, I, 45, 109).<sup>40</sup>

*Idem [Socrates] expedita et compendiaria uia eos ad gloriam peruenire dicebat, qui id agerent, ut, quales uideri uellent, tales etiam essent. qua quidem prædicatione aperte monebat ut homines ipsam potius uirtutem haurirent quam umbram eius consecrarentur* (Valerio Máximo, VII, 2, ext. 1).

*Gloria umbra uirtutis est: etiam inuitam comitabitur. Sed quemadmodum aliquando umbra antecedit, aliquando sequitur [uel] a tergo [est] ita gloria aliquando ante nos est uisendamque se præbet, aliquando in auerso est maiorque quo serior, ubi inuidia secessit* (Séneca, *Epistulæ*, IX 79, 13).<sup>41</sup> Recogía el pasaje la *Polyanthea* de Nani Mirabelli-Lang, pp. 668a y 559a).

Gracián, aunque, probablemente, tendría en su *codex* las citas de Cicerón (las *Tusculanæ disputationes* se nombraban expresamente, entre las obras filosóficas de Cicerón, en el Inventario de la biblioteca de la Compañía de Jesús en Huesca)<sup>42</sup> y Valerio Máximo (autor tan bien conocido por él), es, evidentemente, la de Séneca, con su definición «*Gloria umbra uirtutis est*» («Es la honra sombra de la virtud»), y su imagen de que, como la sombra, la gloria unas veces va delante de nosotros y otras a nuestra espalda, la que sigue.<sup>43</sup>

Con anterioridad a Gracián, el tópico aparecía en Timoneda, *Buen Aviso*, 64, y en otros textos de los siglos XVI y XVII.<sup>44</sup>

\* \* \*

«Hácese dependencia de la eminencia, de modo que se note que el cargo le hubo menester a él, y no él al cargo; honran unos los puestos, a otros honran» (*Oráculo*, 124).

«Venza el natural las obligaciones del empleo, y no al contrario. Por grande que sea el puesto, ha de mostrar que es mayor la persona [...]» (*Oráculo*, 292).

Un apotegma de Agesilao, convertido en simple sentencia, al privarle de las partes introductoria y de dicción, es lo que ofrece repetido Gracián en estos pasajes

40 Ed. G. FOHLEN, París, Les Belles Lettres, 1968-1970, 2 vols.

41 Ed. F. PRÉCHAC y H. NOBLOTZ, París, Les Belles Lettres, 1959-1964, 5 vols.

42 Inventario reproducido por J. E. LAPLANA GIL, art. cit., p. 136.

43 Como cf. del pasaje de *El Criticón* aducía la cita de Séneca K. BLÜHER, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, versión española de J. CONDE, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1969, p. 550.

44 Pueden verse en Joan Timoneda. *Buen Aviso y Portacuentos. El Sobremesa y Alivio de Caminantes. Joan Aragonés. Cuentos*, ed. de M. P. CUARTERO y M. CHEVALIER, Madrid, Espasa («Clásicos Castellanos», Nueva serie, 19), 1990, p. 128.

del *Oráculo*. Es evidente que, procedente de Plutarco, *Banquete de los siete sabios*, 3, y *Apotegmas*, Espartanos, Agesilao el Grande, 6, él lo conoce por la traducción de Diego Gracián de lo *Apotegmas*, E 8v: «Siendo aún muchacho [Agesilao], estando en unas fiestas, como el maestro del coro, que señalaba a cada uno su asiento, le sentase en un lugar no señalado, le obedeció, aunque ya era declarado por rey, y dijo: «Amostrarte he que el lugar no honra al hombre, sino el hombre honra al lugar». El texto está particularmente próximo en «honran unos los puestos, a otros honran» / «el lugar no honra al hombre, sino el hombre honra al lugar».

Además del apotegma protagonizado por Agesilao, había otros dos en la Antigüedad muy parecidos: uno de Damónidas, que recoge también Plutarco, *Apotegmas*, Reyes y generales, Damónidas, y Espartanos, Damónidas (trad. de Diego Gracián, G 4v) y otro de Aristipo, que figura en Diógenes Laercio, II, 73. El apotegma de Agesilao se lee también en Brusoni, *Facetiarum exemplorumque libri*, III. *De honoribus*, f. 79r, y Erasmo, *Apophthegmata*, I, *Agesilaus*, 8, p. 18.

\* \* \*

«Contrapuso uno en Matusalén su vida con su nombre; este significa deseo de la muerte, aquella es la más larga de los mortales (fue la más dilatada); aquí está la oposición (contradicción). Concierta finalmente esta contrariedad (y viene a concordarla) con un (buen) digno desengaño; que la muerte sigue (va siguiendo) al que la huye, y parece que olvida a quien la teme (al que no la teme)» (*Arte de ingenio*, VII; *Agudeza*, VIII).

*Dulce et decorum est pro patria mori:  
mors et fugacem persequitur uirum  
nec parit inbellis iuuentæ  
poplitibus timidoue tergo* (Horacio, *Carmina*, III, II, 13-16).<sup>45</sup>

El Horacio lírico es recordado por Gracián en *El Héroe*, VII, citado en *El Discreto*, [XXIV], y utilizado en otras *æmulationes* en *El Criticón*. En el presente caso emula Gracián un pasaje horaciano casi tópico, pero solo es correcta la versión que da en la *Agudeza*. El *mors et fugacem persequitur uirum* está debidamente traspuesto en ambas redacciones: «la muerte sigue al que la huye» y «la muerte va siguiendo al que la huye». Luego Gracián, en vez de abundar en esa idea, como hacía Horacio, mantiene el espíritu de la composición latina con una contraposición en la que elogia la valentía, pero que solo es correcta en la redacción de la *Agudeza*, «parece que olvida al que no la teme», resultando incongruente la del *Arte de ingenio*, que, con «parece que olvida a quien la teme», contradice lo dicho anteriormente.

\* \* \*

El carácter de obra mucho más literaria de *El Criticón* explica, junto a su mayor extensión, que las *æmulationes* sean bastante más numerosas en ella que en las

<sup>45</sup> Ed. F. VILLENEUVE, París, Les Belles Lettres, 1927.

otras obras. Voy a pasar revista a *æmulationes* de algunos pasajes, pero antes es imposible eludir una referencia a la vinculación clásica que tiene el marco global de configuración de la obra. La *Odisea* homérica y el *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro han sido señalados como precedentes del edificio narrativo de *El Criticón* por diversos críticos.<sup>46</sup> Me gustaría recordar por mi parte, dentro de las ricas posibilidades que la epopeya y la novela clásicas ofrecieron al Gracián que trazaba *El Criticón*, la de la visión alegórica de las etapas de la vida del hombre que encerraba la *Eneida* virgiliana, según una interpretación medieval, que se leía, por ejemplo, en detallada exposición, en el *Policraticus* de Juan de Salisbury, VIII, 24.<sup>47</sup>

«Advirtió Critilo, con no poco espanto suyo, que todos cuantos viera entrar antes riendo, ahora salían llorando. Y es bien de notar cómo salían: arrojaban a unos por las ventanas que correspondían al cuarto de los jardines, y daban en aquellas espaldas tal golpe, que se les clavaban por todas las coyunturas, quedando llenos de dolores, tan agudos que estando en un infierno levantaban el grito hasta el cielo. Los que habían subido más altos daban mayor caída [...]» (*El Criticón*, I, x).

*celsæ grauiore casu  
decidunt turres* (Horacio, *Carmina*, II, x, 10-11).

*tolluntus in altum,  
ut lapsu grauiore ruant* (Claudiano, *In Rufinum*, I, 22-23).

El *carmen* II, x, fue muy utilizado por Gracián, que se sirve de él en *El Criticón*, en cita expresa (I, v), y en otras claras *æmulationes*, como la de I, XI, «El que se contenta con una medianía, ese vive», señaladas por Romera Navarro. El texto de Claudiano lo reproduce en *Agudeza*, VIII. No cabe duda, pues, de que de ambos pasajes procede «Los que habían subido más altos daban mayor caída».

\* \* \*

Que Luciano es autor utilizado por Gracián, y nombrado y citado expresamente en la *Agudeza* y *El Criticón*, es algo bien estudiado.<sup>48</sup> Pero Luciano es autor del que sigue quedando bastante en el tintero sobre su influencia en Gracián, debido a que se trata de pasajes que corresponden al ámbito de la *æmulatio*. De una de esas *æmulationes* me voy a ocupar ahora.

Se trata de la crisis II, VII de *El Criticón*, «El yermo de Hipocrinda», cuya localización y ambientación tanto ha interesado a la crítica. Romera Navarro<sup>49</sup> hacía notar la ausencia de toda precisión situacional de lugar dentro de Francia (recordemos

<sup>46</sup> Pueden verse sintetizadas las diversas propuestas en J. GONZÁLEZ ROVIRA, *La novela bizantina de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1996, pp. 353 y ss.

<sup>47</sup> Ed. Leiden, 1595, pp. 590-592.

<sup>48</sup> Véase, en particular, la anotación de M. ROMERA NAVARRO, en su edición de *El Criticón*, A. VIVES COLL, *Luciano de Samosata en España (1500-1700)*, Valladolid, Sever-Cuesta, 1959, pp. 181-186, y Aurora Egido, «La historia de Momo y la ventana en el pecho», cit.

<sup>49</sup> *Estudios sobre Gracián*, Austin, The University of Texas Press, 1950, pp. 37 y 40.



que en Francia están, en ese momento, Critilo y Andrenio): «Con igual vaguedad simbólica vemos la casa de la Hipocresía, "entre arboledas y ensenadas ... harto artificiosa ... Parecía convento en el silencio ... Entre unos montes que le impedían el sol, coronada de árboles tan crecidos y tan espesos, que le quitaban la luz". Todas son notas genéricas y apenas se nos da otra impresión que la de su silencio, soledad y oscuridad, pero sin fuerza evocadora». Tras él, otros críticos han elucubrado sobre localización y ambientación de «El yermo de Hipocrinda».

Sin entrar para nada en la interpretación alegórica, lo que sí puedo afirmar es que la fuente de Gracián fue el *Menipo o Necromancia* de Luciano, con lo que la ambientación de «El yermo de Hipocrinda» se corresponde con la del Mundo de los Muertos.

El *Menipo* Gracián lo leyó, sin duda, en la traducción de Francisco de Herrera Maldonado, *Luciano español, Diálogos morales útiles por sus documentos*, Madrid, 1621, «El Hercules Menipo de Luciano. Diálogo octavo». El libro lleva dos aprobaciones, ambas de jesuitas: una «Fecha en nuestra Casa de Probación de la Compañía de Jesús de Madrid a 12 de diciembre de 1620»,<sup>50</sup> firmada por el padre Juan Vázquez de Monte Mayor; la otra «Dada en este Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid a 15 de enero 1621», firmada por el padre Bernardino de Villegas. Y de él figura, además, un ejemplar en la biblioteca de Lastanosa.<sup>51</sup>

Del *Menipo* de Luciano hubo otra traducción anterior, parece que de Francisco de Enzinas. *Diálogos de Luciano, no menos ingeniosos que provechosos, traducidos de griego en lengua castellana*, León, Sebastián Grypho, 1550, donde lleva el título de «Menipo en los abismos». Pero, con seguridad, Gracián manejó la de Herrera Maldonado, como demuestra el cotejo textual, que aquí voy a anotar en la parte más significativa:

«*El yermo de Hipocrinda* [...] y es de modo que la verdadera virtud ya no se ve ni parece, sino la que le parece: cuando pensamos está en alguna parte, topamos con sola su sombra, que es la hipocresía» (*El Criticón*, II, vii).

Luciano, *Menipo o Necromancia*, 4; traducción de Herrera Maldonado, ff. 253v-254r: «Vista pues la vanidad de los tales [los filósofos], el poco saber que tenían y la ignorancia y necedad que encubrían debajo de aquel fausto exterior, con que hipócritamente representaban virtud fingida, engaño solapado y desvergüenza encubierta».

El enfrentado binomio *virtud / hipocresía* gracianesco procede del «hipócritamente representaban virtud fingida» de la traducción de Herrera Maldonado, ya que la traducción de 1550 decía simplemente: «Vista esta vanidad que en ellos [los

<sup>50</sup> Modernizo la ortografía de la edición.

<sup>51</sup> K. L. SELJG, *op. cit.*, nº 320.

filósofos] se encerraba debajo de aquel fausto exterior, que por defuera representaban [...]» (f. 106r).

«Porfiad en el ascenso [al palacio de la hermosa Virtelia], aunque sea con violencias, que de los valientes es la corona; y, aunque sea áspera la subida, no desmayéis, poniendo siempre la mira en el fin premiado [...]» (*El Criticón*, II, vii).

Luciano, *Menipo*, 4; traducción de Herrera Maldonado, ff. 254 r<sup>o</sup>-v<sup>o</sup>: «Repetíame a queste muchas veces aquellos versos tan celebrados en la edad de Hesíodo que engrandecen la virtud firme, el trabajo continuado, la ocupación ordinaria, ponderando cuán dificultosa, áspera y intratable es la subida del glorioso monte del eterno descanso [...]».

Del difícil ascenso hacia la virtud, Gracián tomó textualmente de Herrera Maldonado el calificativo: «aunque sea áspera la subida» / «áspera y intratable es la subida».

«Así se iban lamentando, prosiguiendo su viaje, cuando se les hizo encontradizo un hombre venerable por su aspecto, muy autorizado de barba, el rostro ya pasado y todas sus faciones desterradas, hundidos los ojos, la color robada, chupadas las mejillas, la boca despoblada, ahiladas las narices, la alegría entredicha, el cuello de azucena lánguido, la frente encapotada [...]» (*El Criticón*, II, vii).

*Menipo*, 6; traducción de Herrera Maldonado, f. 256v: «y así me partí a Babilonia a toda priesa, porque a buscar la virtud nunca se ha de ir despacio. Llegué allá y aposentéme en casa de un caldeo, hombre sabio y de singular industria, de cabellos canos, barba larga, agradable persona y presencia venerable. Llamábase Mitrobarzanes, hombre bien entendido y docto [...]». Y *Menipo*, 15; traducción de Herrera Maldonado, ff. 263v-264r: «casi imposible era diferenciar a los unos de los otros distintamente, porque, como eran cadáveres de huesos, eran todos semejantes. A fe que nos costó harto cuidado conocer a algunos, porque era menestar llamarlos por sus nombres. Estaban todos amontonados, oscuros, tristes y abatidos, sin semejanza alguna de la antigua forma con que habían vivido. Estando pues muchos hombres de huesos, muchos esqueletos delante de nosotros, con una vista espantable, que echaban por las concavidades de los ojos, mostrando desiertos los huesos de las encías [...]».

Para la descripción del ermitaño Gracián ha mezclado dos descripciones lucianescas, a través de Herrera Maldonado: la del sabio Mitrobarzanes, cuando va en su busca Menipo, y la de los muertos, cuando Menipo y Mitrobarzanes, ya en el Hades, se encuentran en la llanura Aquerusia. De Mitrobarzanes ha tomado los rasgos de «un hombre venerable por su aspecto» / «presencia venerable» y «muy autorizado de barba» / «barba larga». De los muertos, los restantes: «hundidos los ojos» / «con una vista espantable, que echaban por las concavidades de los ojos»; «la color robada» y «la alegría entredicha» / «oscuros, tristes y abatidos»; y «la boca despoblada» / «mostrando desiertos los huesos de las encías»; más los otros añadidos por él («el rostro ya pasado y todas sus faciones desterradas», «chupadas las mejillas»,

«ahiladas las narices», «el cuello de azucena lánguido, la frente encapotada»), solo comprensibles, si entendemos que está haciendo la descripción simultánea de una persona viva y un esqueleto.

«Fuelos introduciendo por un camino encubierto y aun solapado entre arboledas y ensenadas, y al cabo de un laberinto con mil vueltas y revueltas dieron en una gran casa, harto artificiosa, que no fue vista hasta que estuvieron en ella. Parecía convento en el silencio, y todo el mundo en la multitud. Todo era callar y obrar, hacer y no decir, que ni aun campana no se tañía por no hacer ruido, no se dé campanada. Era tan espaciosa y había tanta anchura, que cabrían en ella más de las tres partes del mundo, y bien holgadas. Estaba entre unos montes que la impedían el sol, coronada de árboles tan crecidos y tan espesos, que la quitaban la luz con sus verduras.

—¡Qué poca luz tiene este convento! —dijo Andrenio.

—Así conviene —respondió el Hermitaño—, que donde se profesa tal virtud no convienen lucimientos» (*El Criticón*, II, VII).

*Menipo*, 9; traducción de Herrera Maldonado, f. 258v: «Poco anduvimos navegando, porque muy presto tomamos tierra en una selva agradable, espaciosa [...] llegamos a una región yerma, desamparada y sola, llena de selvas espesas, de matorrales enricados y silvestres árboles. Allí salimos en tierra, ya yo muy temeroso de la confusión y soledad del sitio [...]». Y *Menipo*, 11; traducción de Herrera Maldonado, f. 260r: «Ya por allí era la escuridad notable, eterna noche, llena de horribilidad y espanto, y, porque no errásemos la senda, iba delante Mitrobarzanes, y yo le seguía tan temeroso, que nunca me apartaba de él un paso. Hallámonos de allí a poco en un espacioso prado lleno de gamones, adonde nos cercaron muchas almas [...]»

Los pasajes del *Menipo* lucianesco que sigue ahora Gracián vuelven a ser dos: uno, del párrafo 9, con Menipo y Mitrobarzanes aproximándose al Hades; y otro, del 11, con los dos personajes ya en el Hades. En el del párrafo 9, el lugar calificado de «región yerma, desamparada y sola» por Herrera Maldonado, ha sido determinante para el título de la crisis, «El yermo de Hipocrinda», confirmando, además, que la traducción de Herrera Maldonado es la seguida por Gracián, ya que la de 1550, f. 109v, decía: «región sola, desierta», simplemente.

Uno y otro pasajes se fusionan en el texto gracianesco, para dar al lugar sus características peculiares:

1. Situación en una selva de espesos árboles: «un camino encubierto y aun solapado entre arboledas», «coronada de árboles tan crecidos y tan espesos» / «llena de selvas espesas de matorrales enricados y silvestres árboles».

2. Amplitud: «una gran casa», «Parecía [...] todo el mundo en la multitud», «Era tan espaciosa y había tanta anchura, que cabrían en ella más de las tres partes del mundo, y bien holgadas» (notaciones comprensibles solo si se cae en la cuenta de que Gracián está transponiendo el mundo subterráneo) / «una selva agradable, espaciosa», «un espacioso prado».

3. Silencio: «Parecía convento en el silencio», «Todo era callar [...] y no decir, que ni aun campana no se tañía por no hacer ruido» / «una región yerma, desamparada y sola», «de la confusión y soledad del sitio».

4. Oscuridad: «que la impedían el sol», «que la quitaban la luz con sus verduras», «¡Qué poca luz tiene este convento!» / «era la oscuridad notable, eterna noche, llena de horribilidad y espanto».

\* \* \*

«Pasaba un río (y río de lo que pasa) entre márgenes opuestas, coronada de flores la una y de frutos la otra: prado aquélla de deleites, asilo ésta de seguridades. Escondíanse allí entre las rosas las serpientes, entre los claveles los áspides, y bramaban las hambrientas fieras rodeando a quien tragarse. En medio de tan evidentes riesgos estaba descansando un hombre, si lo es un necio, pues, pudiendo pasar el río y meterse en salvo de la otra parte, se estaba muy descuidado cogiendo flores, coronándose de rosas, y de cuando en cuando volviendo la mira a contemplar el río y ver correr sus cristales. Dábale voces un cuerdo acordándole su peligro, y convidándole a pasarse de la otra banda con menos dificultad hoy que mañana. Mas él, muy a lo necio, respondía que estaba esperando acabase de correr el río, para poderle pasar sin mojarse.

¡Oh tú, que haces mofa del fabulosamente necio, advierte que eres el verdadero, tú eres el mismo de quien te ríes, tanta y tan solemne es tu demencia! Pues, instándote que dejes los riesgos del vicio y te acojas a la banda de la virtud, respondes que aguardas acabe de pasar la corriente de los males [...]» (*El Criticón*, II, IX).

Con redacción insuperable, iniciada por el juego burlón del «Pasaba un río (y río de lo que pasa)», Gracián vuelve a seguir los pasos de Horacio, ahora en el pasaje de reprobación de la tardanza en iniciar el recto vivir, con la semejanza del *rusticus* que espera a que pase el río para cruzarlo, de *Epistulæ*, I, II, 37-43:

*Nam cur,  
quæ lædunt oculum, festinas demere, siquid  
est animum, differs curandi tempus in annum?  
Dimidium facti, qui cœpit, habet; sapere aude,  
incipi. Viuendi qui recte prorogat horam,  
rusticus expectat dum defluat amnis; at ille  
labitur et labetur in omne uolubilis æuum.*<sup>52</sup>

Gracián ha invertido el orden del pasaje horaciano: ha desarrollado primero, en alegórica *amplificatio*, la imagen del *rusticus*, «necio», en él; y ha puesto tras ella la admonición, manteniendo incluso la segunda persona de la reprobación horaciana. Pero, lo más importante, consigue, con su maestría, ofrecer al lector los versos de Horacio incomparablemente revividos.

<sup>52</sup> Ed. F. VILLENEUVE, París, Les Belles Lettres, 1934.

Romera Navarro, aunque no captó la *æmulatio* horaciana, sí señaló, en «Escondíanse allí entre las rosas las serpientes [...] tragarse», la reminiscencia virgiliana de *Bucolica*, III, 92-93. Asimismo, anotó más adelante la cita expresa de Gracián, en *El Criticón*, III, III, de esta misma *epistula* I, II, ahí en el verso 14: «Y, como dijo Horacio, lo que los príncipes deliran, los vasallos lo suspiran», es decir: *Quidquid delirant reges, plectuntur Achiui*.

Sin contar el *Ars poetica*, Gracián ya había citado las *Epistulæ* de Horacio, en *Agudeza*, XXXVIII, concretamente la fábula de la zorra y el león enfermo, de I, I, 73-75.

\* \* \*

«Trataron de elegir otro (que debía ser en Polonia), y pusieron la mira en uno nada niño y mucho hombre, de gran capacidad y valor, de gran inteligencia y ejecución, con otras mil prendas majestuosas, así de hombre como de rey [...]. Acercósele un monstruo, o ministro, y díjole al oído que tratase de tomar los cargos y no las cargas.

—Reine —decía su madre—, aunque me cueste la vida» (*El Criticón* II, XII).

Es *æmulatio*, fácilmente identificable, de Nerón y Agripina, en Tácito, *Annales*, XIV, 9, 3:

*Hunc sui finem multos ante annos crediderat Agrippina contempseratque: nam consulenti super Nerone responderunt Chaldæi fore ut imperaret matremque occideret; atque illa: «Occidat, inquit, dum imperet».*<sup>53</sup>

Gracián, tras sus logrados juegos de palabras, pone en labios de la madre del nuevo rey las palabras que Agripina enunciaba, en tercera persona y orden inverso, ante la respuesta de los astrólogos caldeos: «Reine [...] aunque me cueste la vida» / *Occidat [...] dum imperet*.

Evidentemente, el pasaje (que también recoge Erasmo, *Apophthegmata*, VI, *Sextus Nero*, 34, p. 439) viene a sumarse al bagaje taciteo de Gracián: Gracián nombra a Tácito en *El Héroe*; lo nombra y cita en *El Político*, con pasajes de los *Annales*, aunque no sean con título de la obra; lo nombra en *El Discreto*; lo utiliza, a pesar de que no lo nombre, en el *Oráculo*; lo nombra y cita en la *Agudeza*, entre cuyos pasajes lo elogia en el comienzo del discurso LX, y le dedica gran parte del discurso LXI, con cita expresa de los *Annales*; y lo nombra y cita en *El Criticón*, con clara alusión a los *Annales* en «El Museo del Discreto» (II, IV): «Con esta misma atención a ninguno daba pluma [la eterna Historia] que no fuese después de cincuenta años de muerto, y a todo muerto pluma viva; con lo cual ni Tiberio el astuto ni Nerón el inhumano pudieron escaparse de lo Cornelio de Tácito».

\* \* \*

<sup>53</sup> Ed. P. WUILLEUMIER, París, Les Belles Lettres, 1974-1978, 4 vols.

Pero a continuación el recién constituido rey resultará no ser el que manda, porque el dueño del mundo es un esclavo, en nuevo replanteamiento gracianesco de un apotegma antiguo, en este caso el de Temístocles, diciendo que el que manda sobre todos los griegos es su hijo (en alguna de las versiones lo dice el propio hijo):

«—¿Crees tú que este que ves es el príncipe que manda?

—¿Cuál, pues, si este no? —respondió Andrenio.

Y él:

—¡Oh, cómo te engañas de barra a barra!

Y, mostrándole un esclavo vil, con su argolla al cuello, cadena al pie, arrastrando un grande globo:

—Este es —le dijo— el que manda el mundo.

Túvolo o por necesidad o por chiste, y comenzóle a solemnizar. Mas él se fue desempeñando a toda seriedad:

—Porque, mira —le dijo—, aquella gran bola de hierros, ¿qué puede ser sino el mundo, que él le trae al retortero? ¿Ves aquellos eslabones? Pues aquella es la dependencia: aquel primero es el príncipe, aunque tal vez, sacando bien la cuenta, es el tercero, el quinto y tal vez el decimotercio; el segundo es un favorecido; a éste le manda su mujer; ella tiene un hijuelo en quien idolatra; el niño está aficionado a un esclavo, que pide al rapaz lo que se le antoja; este llora a su madre, ella importuna a su esposo, él aconseja al príncipe, que decreta. De suerte que, de eslabón en eslabón, viene el mundo a andar rodando entre los pies de un esclavo, errado de sus pasiones» (*El Criticón*, II, XII).

El apotegma de Temístocles lo transmiten varias obras de Plutarco: *Vida de Temístocles*, 18; *Vida de Catón el Censor*, 8; *Sobre la educación de los hijos*, 2; y *Apotegmas, Reyes y generales, Temístocles*, 10. Gracián no podía dejar de haber leído el apotegma en los *Apotegmas*, en la traducción de Diego Gracián, Cv: «Un hijo suyo, que era muy regalado de la madre, decía [Temístocles] que podía más que todos los griegos, porque el imperio de los griegos decía que tenían los atenienses, y él el de los atenienses, y la madre el de él, y el hijo el de la madre».

Pero también lo habría leído en otras obras, bien conocidas por él, que lo acogían: Brusoni, *Facetiarum exemplorumque libri*, II. *De filiis et eorum ingenio*, f. 56r; Erasmo, *Apophthegmata*, v, *Themistocles*, 10, p. 362; y Ludovico Guicciardini, *L'hore di rircreatione*, Venecia, 1565<sup>54</sup> (es obra citada por Gracián en *El Criticón*, II, IV). Lo importante, en definitiva, es que, sobre el troquel clásico —del que ha mantenido varios elementos de la cadena de dominio: hijo-madre-gobernante— el genio de Gracián ha creado, de nuevo, un pasaje completamente original.

\* \* \*

<sup>54</sup> Ed. Venecia, Francesco Ginami, 1655, p. 153.

«No son flemas lo que arrancan aquellos senadores de sus cerrados pechos, no son sino secretos podridos de callados» (*El Criticón*, III, 1).

Esos «secretos podridos de callados» proceden de un apotegma de Estobeo, *Florilegio*, 41 [39], 6; traducción de Conrado Gesner: *Euripides cum e graueolentia oris obiiceretur a quodam*, «*Multa enim*», dixit, «*secreta in eo computruerunt*» (*Epitome*, p. 248; ed. bilingüe griego-latín, p. 386a).

Es apotegma que se difundió en colecciones humanísticas latinas, camino más probable hacia Gracián: Erasmo, *Apophthegmata*, VIII, *Euripides*, 7, p. 618; Lycosthenes, *Apophthegmata*, p. 703b; y Nani Mirabelli-Lang, *Polyanthea*, p. 1307a.

Timoneda, *Buen Aviso y Portacuentos*, *Portacuentos*, 81, lo había adaptado cambiando la situación argumental:

«Sintiendo un mancebo muy hábil y privado en corte que le hedía la boca al secretario del rey, a causa que era muy anciano, por codicia de entrar en su lugar, hizo decir al rey que cómo podía sufrir semejante inconveniente. El rey, como se diese acato de ello, y le viniese delante, le dijo:

—Hulano, ¿de qué te huele tan mal la boca?

Al cual respondió:

—De muchos secretos suyos que se me han podrido en ella.

Queriéndole dar a entender de cuán fiel le había sido, por la cual respuesta, no solo le confirmó en el oficio, pero crecióle su salario».<sup>55</sup>

Hay también eco de él en el *Quijote*, I, XVII:

«—Puédeslo creer así, sin duda —respondió don Quijote—, porque o yo sé poco o este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

—Sí juro —respondió Sancho.

—Dígolo —replicó don Quijote— porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

—Digo que sí juro —tornó a decir Sancho— que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana.

—¿Tan malas obras te hago, Sancho —respondió don Quijote—, que me querrías ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso —respondió Sancho—, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas».<sup>56</sup>

\* \* \*

<sup>55</sup> Ed. M. P. CUARTERO y M. CHEVALIER, cit.

<sup>56</sup> Ed. dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, 2 vols.

«—En habiendo menester alguno que os importe, no le toparéis, ni hay darle alcance: nunca están en casa. Y así decía uno: “¿No come ni duerme este hombre, que a ninguna hora le topo? Pues ¿qué, si ha de pagar o prestar? No le hallaréis en todo el año.

—Hombre había que se le sentía hablar y se negaba, y él mismo decía:

—Decidle que no estoy en casa”» (*El Criticón*, III, v).

«—Hombre había que se le sentía hablar y se negaba, y él mismo decía: —Decidle que no estoy en casa» es trasunto evidente de la anécdota de Escipión Nasica y Ennio, que refiere Cicerón, *De oratore*, II, 68, 276:

*ut illud Nasicae, qui cum ad poetam Ennium uenisset eique ab ostio quaerenti Ennium ancilla dixisset domi non esse, Nasica sensit illam domini iussu dixisse et illum intus esse; paucis post diebus cum ad Nasicam uenisset Ennius et eum ad ianuam quaereret, exclamat Nasica domi non esse, tum Ennius: «quid? ego non cognosco uocem», inquit, «tuam?» Hic Nasica: homo es impudens: ego cum te quaererem ancillae tuae credidi te domi non esse, tu mihi non credis ipsi?»<sup>57</sup>*

Es anécdota muy conocida y difundida, en obras humanísticas latinas, y en obras italianas.<sup>58</sup> También en obras castellanas: Timoneda *El Sobremesa*, 161 (68), donde los protagonistas son simplemente dos amigos, y Santa Cruz, *Floresta española*, VII, I, 19 (20), donde lo son dos caballeros. Gracián conocería, sin duda, el texto de Cicerón, pero también el de Timoneda y Santa Cruz (la *Floresta* es obra muy aprovechada por Gracián en la *Agudeza* y *El Criticón*).

\* \* \*

«—¿Hay tal desproporción? —exclamó Andrenio—. ¡Que permanezca entre tanta grandeza tal baja, entre tanto lucimiento una cosa tan deslucida!

—¡Qué bien lo entiendes! —dijo el Inmortal—. Pues advierte que compite estimaciones con los más empinados edificios, y aun se honran mucho los majestuosos alcázares de estar a par de ella.

—¿Qué dices?

—Sí, parece de madera, y lo es más incorruptible que de cedro, más duradera que los bronce.

—¿Y qué cosa es?

—Una media cuba» (*El Criticón*, III, XII).

<sup>57</sup> Ed. G. FRIEDRICH, Leipzig, Teubner, 1912.

<sup>58</sup> Véase para las obras humanísticas e italianas, ed. de M. P. CUARTERO y M. CHEVALIER, *Melchor de Santa Cruz. Floresta española*, Barcelona, Crítica («Biblioteca Clásica», 40), Barcelona, 1997, p. 439.



*Exegi monumentum ære perennius  
regalique situ pyramidum altius* (Horacio, *Carmina*, III, xxx, 1-2).

De nuevo, los *Carmina* horacianos. Ahora la cuba de Diógenes y su madera «más duradera que los bronces» equivalen al *monumentum* horaciano, *ære perennius*, en una *æmulatio* profundamente simbólica por la situación en la crisis última de la tercera parte de *El Criticón*, omo el famoso poema de Horacio, que cierra el libro tercero de los *Carmina*.

\* \* \*

También yo voy a cerrar esta ejemplificación —que podría continuarse con otras muchas citas—, y esta ponencia; y voy a hacerlo con un pasaje de Gracián, que no sé si es *æmulatio* del pasaje ciceroniano concreto que le pongo en paralelo, pero que sí es, desde luego, inspirada síntesis de toda la Retórica clásica:

*effectus eloquentiæ est audientium approbatio* (Cicerón, *Tusculanæ disputationes*, II, 1, 3).

«un buen discurso proprio es la llave maestra del corazón ajeno» (*El Discreto*, [XIX]).

Nada más lejos de mi intención que pretender que mi discurso haya sido bueno. Estoy segura, sin embargo, de que lo ha sido el del propio Gracián, y que él mismo habrá conseguido abrir el corazón de los oyentes-lectores, para que todos le rindamos un merecido tributo de admiración, por su extraordinario conocimiento y genial emulación de los clásicos, como forma de homenaje en el IV centenario de su nacimiento: 8-I-2001.